

A TODA PRISA

El resto de los puntos principales del programa del centro-izquierda fueron también revisados a toda prisa: reforma del urbanismo (principalmente por la entrada en vigor de un procedimiento draconiano de expropiación), reforma fiscal, reforma universitaria, reforma de la Seguridad Social, cuyos déficits alcanzan desmesuradas proporciones; reforma administrativa, creación de las regiones. En cada uno de estos terrenos, todo fue retrasado a causa de interminables deliberaciones, interrupciones y bloqueos por parte de los mecanismos administrativos más todavía que por el procedimiento parlamentario. Por otra parte, los gabinetes sucesivos tomaron decisiones precipitadas, impuestas por las huelgas, pero sin tener en cuenta una planificación global. Se desenvolvían a golpe de promesas que no cumplían, promesas que renovaban después de cada huelga.

Mucho más que una protesta ideológica es, pues, la expresión de un desaliento ante los procedimientos caóticos del Gobierno, de una inmensa debilidad frente al vacío de poder político, lo que ha animado a la mayoría de los participantes a la huelga general. Incluso entre los comunistas. En efecto, el informe de Luigi Longo al XII Congreso del P. C. I., en Bolonia, en febrero pasado, no definía un programa mucho más avanzado que el del centro-izquierda.

No buscando «dramatizar» esta jornada de huelga general, el P. C. I. quiso preservar y acentuar su propia credibilidad de compañero. Sus primeras reacciones después del drama de Milán fueron reveladoras de la imagen moderada que pretende dar: sin tomar a su cargo las intervenciones de los «gauchistes», tampoco les ha condenado abiertamente: una verdadera peripecia...

■ EMILIO RAZZI.

Perú NUEVAS TACTICAS DE LA IZQUIERDA

Tres semanas después del golpe de Estado de los generales, en octubre de 1968, Perú expropiaba las instalaciones petrolíferas de la International Petroleum Company. Puede ser el primer gesto de rechazo de la tutela norteamericana en ese país. La actitud del Gobierno de Lima se inscribe en el contexto de hostilidad hacia los Estados Unidos, que es propia a la mayoría de las naciones de América Latina. Pero los generales peruanos parecen ir más lejos. Ampliaron a 200 millas el límite de sus aguas territoriales y capturaron en varias ocasiones barcos de pesca americanos. Promulgaron un decreto que tendía a controlar los Bancos extranjeros. Se negaron a recibir a Rockefeller, enviado especial de Nixon. Anunciaron que exigirían la partida de las misiones militares americanas si Washington decretaba el embargo sobre la venta de armas. Y en junio de este año proclamaron una reforma agraria que afectaba tanto las propiedades de las grandes familias tradicionales como las vastas plantaciones de los grupos extranjeros...

La «dictadura» del general Alvarado es tachada de «nasserista» y se califica su movimiento de nacionalista antioligárquico, sin ser proletario. Se apoya en la pequeña burguesía y la clase media, fuerzas capaces, según el parecer de la junta militar, de contener las aspiraciones más radicales de las organi-

zaciones revolucionarias. Otras ventajas: la junta ha recibido el apoyo del partido demócrata-cristiano, la acción popular y el partido comunista, además de la bendición de la Iglesia.

Para los comunistas ortodoxos, este nasserismo peruano se inscribe perfectamente en su perspectiva estratégica a largo plazo, puesto que es nacionalista y antiimperialista. Así pues, corresponde a la etapa intermedia y necesaria entre el feudalismo y el socialismo: el reformismo progresista bajo el impulso de la burguesía y de la clase media. Esta doctrina, que vale en términos generales para la América Latina, ¿podrá resultar correcta gracias a la cooperación inesperada de los militares?

Pero, al mismo tiempo, la izquierda peruana denuncia la represión gubernamental de las manifestaciones obreras que han tenido lugar en Canete, Chimbote y Lima por la mejora de salarios y condiciones de trabajo.

De todas formas, diversos partidos comunistas, entre ellos los de Argentina, Chile, Colombia y Brasil, han mostrado su simpatía por la nueva política peruana, aunque esta experiencia no podrá ser seguida en otros países, a menos que surjan unas condiciones políticas óptimas y pueda ser posible la aparición de una corriente «nasserista» en otro Ejército, que permita renovar la experiencia.



JOSE MENESE

EL CANTE DEL PUEBLO, EN GRANADA

*"Así murió Juan García.
Testamento no escribió,
pero lo que Juan dejaba
el pueblo lo recogió".*

(Canta José Menese)

*"Emigrantes andaluces,
lástima que un tren os lleve.
¡Quién os pudiera esconder
entre olivaritos verdes!"*

(Canta Enrique Morente)

En el manifiesto firmado en Granada en 1922 por Falla, Lorca, Turina, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Giner de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Gómez de la Serna, Oscar Esplá y otros intelectuales y artistas de la época, con motivo del Concurso de Cante Jondo, se intentaba salvar la pureza del cante en trance de desaparecer, convertido en cuplé y en lo que luego se ha dado en llamar canción española, siempre más fácil de interpretar por cantaores vulgares y comercializados. «El grupo de intelectuales y amigos entusiastas que patrocinan la idea del Concurso no hace más que dar la voz de alarma. ¡Señores, el alma del pueblo está en peligro! El tesoro artístico de una raza va camino del olvido. Puede decirse que cada día que pasa cae una hoja del admirable árbol lírico andaluz; los viejos se llevan al sepulcro tesoros insuperables de las pasadas generaciones, y la avalancha grosera y estúpida de los cuplés enturbia el delicioso ambiente popular de toda España... Ha llegado la hora, pues, en que las voces de músicos, poetas y artistas españoles se unan por instinto de conservación para exaltar las claras bellezas y sugerencias del canto...», decía García Lorca levantando la polémica entre indignaciones y entusiasmos. También en Granada, y casi medio siglo después, la actividad anónima y desinteresada de los universitarios —vanguardia del pensamiento y de la acción en nuestro tiempo— ha organizado una Semana de Estudios del Cante del Pueblo.

Si hace medio siglo se quiso salvar el cante, preservando su pureza, el método elegido en esta Semana no podía ser el mismo. Los universitarios granadinos, provistos a la vez de una cultura actual, universal, y una cultura local digamos flamenca, han comprendido muy bien aquello de «que nadie se baña dos veces en un mismo río», que el mundo, según dijo Galileo, aunque no le hicieran caso, es algo que se mueve, y que las cosas crecen o mueren, pero no se pueden mantener congeladas y estáticas por muy estéticas que sean. El método practicado y puesto en discusión ha sido el contrario: hacer saltar la pureza de las formas del cante desde la vivencia de nuevos contenidos. Para ello fueron invitados los cantaores Enrique Morente y José Menese, así como el novelista y poeta Caballero Bonald, el igualmente novelista y poeta Fernando Quifones (ambos con una larga tarea como autores y conferenciantes en el mundo del flamenco) y el autor de esta nota. El hermoso romance de Juan García, cantado por Menese, y los cantos propios de Morente, hablándonos por fin de la emigración actual andaluza, inician un tímido camino cuajado de dificultades y en el que sólo los auténticos creadores han triunfado hasta ahora: el de romper moldes. Hazña siempre realizada en contra del gusto o los intereses de muchos de los contemporáneos, de quienes la realizaron y fueron, por ello, socialmente castigados.

Si para defender el manifiesto del año 22 tuvo Falla que salirse de sus casillas y batallar energicamente contra los reaccionarios de la época, pueden imaginar los lectores el escándalo que entre muchos flamencos, flamencólogos y cantaores —tan cómodamente instalados en el sol, la sal y la solera— ha provocado esta nueva visión. Si además decimos que en el aula magna de la Facultad de Medicina no sólo se habló del cante flamenco como un arte, sino como expresión de resistencia de una cultura popular frente a la cultura burguesa, tecnocrática y televisiva de la sociedad de consu-